

Las andanzas del doctor Can

JUAN MALPARTIDA

LOS viajes del buen doctor Can es una novela de viaje, una meditación sobre los problemas de la China de comienzos del siglo XX (aunque en realidad se remontan a todo el siglo XIX), y una crítica de las instituciones y sus funcionarios. Parte de la estructura tiene que ver con la narrativa tradicional anterior a la modernidad de la novela: historias que se van enlazando de capítulo a capítulo a través de un personaje errante. No se trata del pícaro de la tradición española, sino de un hombre ético –aunque no una figura destacada– que sirve de conciencia crítica de los males de su país durante la dinastía Quing. Pero Liu E (1857-1909) se ocupa también de la famosa guerra de los Bóxers, iniciada en Pekín por los Yihetuan como rebelión contra la dinastía manchú, aunque desviada astutamente por ciertos gobernantes contra los extranjeros, que fueron sitiados y algunos de ellos asesinados, como es el caso del embajador alemán Von Ketteler. Finalmente, una alianza militar de países con intereses en China derrotó a los Yihetuan, y el gobierno tuvo que pagar una fuerte suma por los daños infligidos.

Obra inconclusa

Liu E dejó inconclusa su única obra (parece que escribió algunos poemas y un puñado de páginas de diario), de la que hay varios capítulos de una segunda parte, que, en su día, fueron editados por el novelista Lin Yutang. Si en la primera parte Can viaja solo, en la segunda, según cuentan Ciruela y Martín Ríos en la documentada introducción, lo hace con una concubina durante un buen trecho, hasta que ésta se hace budista y se retira del mundo, siguiendo Can su camino, inacabable como los mismos males de los que habla. Can es un Quijote ético y razonable, de incardinación confuciana (aunque toma tanto del budismo como del taoísmo), que no deshace los entuertos sino que los muestra.

Lo que se suele editar, los veinte capítulos de esta edición, fueron escritos entre 1903 y 1904. La redacción de los capítulos de la segunda parte quedó interrumpida en 1907. Liu fue víctima de los intereses políticos y comerciales de algunos poderosos y moría, dos años después, desterrado en un oscuro lugar de la provincia de Xianjiang.

La novela es rica en descripciones, finalmente irónica, peculiar –con relación a la tradición realista– en sus observaciones de la naturaleza, y con una libertad para traer y llevar cosas propias de la novela cervantina, clave desde la que se pueden leer los capítulos 8 al 11, en las que el doctor Can desaparece y se inserta otra historia, filosófica, de indudable valor. ◆

Los viajes del buen doctor Can. Liu E. Traducción y notas de Gabriel García-Noblejas. Introducción de Juan José Ciruela y Javier Martín Ríos. Cátedra. Madrid, 2004. 389 páginas, 11,50 euros.

Arqueología de la sociedad del espectáculo

LAS FIESTAS EN LA CULTURA MEDIEVAL
Miguel Ángel Ladero Quesada

Areté (Debate). Barcelona, 2004
221 páginas, 22 euros

MARCIAL en uno de sus epigramas alaba a César, atribuyéndole el haber convertido a Roma en la ciudad de los espectáculos y de la fiesta, pues, en efecto, «¿qué pueblo hay tan apartado, cuál tan bárbaro, César, / del que no haya un espectador en tu ciudad?». Como bien sabemos hoy el espectáculo y lo espectacular es determinante en la configuración de lo social y de lo público. Las nuevas Romas florecen por doquier. Pocas cosas escapan en este nuestro momento a esa lógica, la cual demanda insaciable la promoción de la presencia pública y en público, la celebración y el ágape comunitario. La sociedad se organiza en la forma de una representación continuada. Y, como ya dijera Debord, el espectáculo acaba siendo el discurso de esa sociedad sobre sí misma. Cabe pues hoy preguntarse por la genealogía, por la arqueología misma de este impulso a la representación con carácter conmemorativo, excepcional y, en sentido extenso, festivo y jubilar, hacia el que se sienten fascinadas las comunidades occidentales. La celebración emplea bienes innumerables, haciendo del derroche y del gasto consuntivo una afirmación de la existencia y un apuntalamiento del orden social (éste siempre amenazado).

Agujero negro

Demos por hecho, con Marcial, que el mundo clásico gozó de sus fastos, que también Ovidio cantara en un libro que dio cuenta de la temporalización cíclica de lo festivo. Mucho menos informados de la dimensión festiva en los tiempos medios, en el agujero negro que se abre entre la disolución del orden romano y la emergencia del *revival* renacentista, acogeremos cualquier trabajo que tenga a bien cubrir una cierta ausencia de conocimientos sobre el orden de lo espectacular en esta época precisa. Todavía acogeremos con mayor interés si, como es el caso de este libro, el estudio rebasa el tradicional campo folclórico, y, yendo incluso más allá de lo literario y lo total, desembarca en un intento de hipótesis total sobre la fiesta medie-



Miniatra de un códice medieval

val y la revisión de lo que son sus claves.

La fiesta medieval se nos presenta aquí precedida de una extensa conceptualización que, en líneas generales, recoge toda la complejidad que el análisis contemporáneo puede encontrar en la elaboración de la expresión conmemorativa, la cual corona, cierra y sintetiza las maneras de construir mundo. Todas las direcciones importantes a que apunta la espectacularización festiva son, pues, aquí, recorridas, quizá demasiado someramente, particularmente en un aspecto que hoy nos parece el trascendental de la misma: el del carácter alienatorio, distractivo, que según sabemos la esfera de lo espectacular y conmemorativo también arrastra, en cuanto poderoso instrumento para la sujeción y la eliminación de disidencias. Cabe suponer que lo festivo medieval tuvo también, y tuvo sobre todo, este elemento dinamizador en su venir a hacerse, y que lo que ayer era fiesta y lo que hoy llamamos espectáculo tienen una misma raíz política por la que, promoviendo la contemplación y la participación pautada, se promueve al cabo sutilmente la desmovilización de los potenciales de rebelión y de anarquía, que toda sociedad almacena en dosis letales.

La fiesta en pocas ocasiones –mucho menos en el medievo– se convierte en auténtica fronda o rebelión, comportándose las más de las veces como un regulador de las tensiones. No la inversión de ningún orden, sino precisamente una excepción establecida, pactada, formalizada, esto es la esencia de lo celebrativo.

«Días geniales»

La fiesta medieval es, sobre todo, el intento por dominar el tiempo, y por construir la historia en términos de secuencia y periodización, y este libro no se olvida de ello, en su repaso al amplio catálogo de fórmulas lúdicas, como se llegaron a denominar estos «días geniales» en nuestro Siglo de Oro. Este libro acomete pues un trabajo de estructuración y de conceptualización general de un universo de representaciones polimorfas, extremadamente variadas; expresiones en buena medida perdidas por desconocidas, revelando el potencial creativo que yace como depósito acumulado en la memoria de una época, la Edad Media, que siempre será entre nosotros más reconocida en sus simplificaciones, que conocida en su dimensión plural e inabarcable.

Fernando R. de la Flor